

APROXIMACIÓN A ALEJANDRO ROSSI*

Mi relación, sólida aunque infrecuente, con Alejandro Rossi como amigo, condiscípulo de un ayer lejano y como compañero de tantos años, sobre un fondo natural de convergencias y divergencias fuera y dentro de la filosofía, justifica sobradamente que yo aproveche la oportunidad que se me brinda de participar en estas aproximaciones por la triple vía —que me propongo seguir— de lenguaje, literatura y filosofía. Pero es inevitable que, al hacerlo, anude en un mismo lazo ideas y sentimientos, recuerdos y reflexiones.

Aunque bastante más joven que yo, juntos iniciamos y terminamos a principios de los cincuenta nuestros estudios filosóficos en el ya mítico edificio de Mascarones. Allí gozamos y sufrimos los mismos maestros: Gaos, Ramos, Nicol, De Gortari y Zea. Ya entonces en las clases y los pasillos destacaba Alejandro por su aguda inteligencia, humor espontáneo, crítica sutil y resistencia obstinada a venerar ídolos filosóficos y a dejarse arrastrar por las grandes y sacrosantas verdades.

Juntos estuvimos en un seminario que, con el paso del tiempo, se ha ido convirtiendo en mítico y legendario, porque también en la vida hay mitos y leyendas. Era el seminario de José Gaos sobre la *Lógica* de Hegel que habría de durar cuatro años, de 1951 a 1954. El seminario estaba concebido por Gaos con un propósito formativo que se pretendía cumplir con el análisis y comentario lineal del texto por el profesor y las exposiciones y trabajos de

*Incluido en el libro *Filosofía y circunstancias*. Barcelona, Antrophos / FFyL-UNAM, 1997, pp. 406-412.

los alumnos sobre las categorías de la lógica hegeliana. A Rossi le correspondió exponer la categoría de “medida”. La huella que el seminario dejó en su formación fue más bien epidérmica, comprobándose así su resistencia a las verdades e ideas avasallantes. Sin embargo, el bagaje hegeliano acumulado a lo largo de cuatro años no podía dejar de tener algún peso y efecto, como lo demuestra el hecho de que su larga y meticulosa travesía por la lógica hegeliana le condujera a su tesis de maestría sobre Hegel. Pero ya en ella se advierte lo que, soterrado en sus primeros textos filosóficos, estallaró abiertamente después de otros: su espíritu provocativo. Pues lo que hace Rossi con su tesis es navegar por el océano racionalista de Hegel para descubrir el acantilado más antihegeliano: lo irracional. Si mal no recuerdo, la tesis llevaba este título provocador: *Lo irracional en Hegel*.

Ahora bien, esta provocación no significaba que Rossi apostara ya por una posición filosófica determinada, y menos aún que aspirara a mecerse cómodamente en ella. Sus intereses filosóficos — como es natural en una formación todavía incipiente — eran aún inciertos. Así lo prueba el hecho de que, antes de decidirse por Hegel, en otro seminario — el de Tesis — de Gaos, y no obstante el bagaje hegeliano de que ya disponía, iniciara su trabajo de maestría con una exposición de la filosofía de Jaspers. Pero no tardaría mucho en dejar atrás este fugaz coqueteo con la filosofía existencial y romper los últimos hilos que le ataban, aunque frágilmente, con la filosofía hegeliana. Con ello, Rossi decía adiós a la metafísica en cualquiera de sus formas, así como a la antropología abstracta, aunque ésta se revistiera con el ropaje pseudoconcreto del existencialismo que tanto seducía a los europeos desencantados de aquellos años. Ciertamente, había en México por entonces otras cartas en la baraja filosófica. Estaba, entre ellas, la filosofía del “ser del mexicano” que ruidosamente propagaban los “hiperiones” dentro y fuera de las aulas de Mascarones, pero el fardo ideológico de su nacionalismo filosófico no dejó huella perceptible en la formación de Rossi. Y ello no obstante la admiración, revalidada por los años, que sentía por un

“hiperión” tan auténtico, digno y puro, como Jorge Portilla, un hombre que —diría veintitrés años después de su muerte— “entendió siempre la filosofía como la reflexión sobre las creencias generales de una comunidad”. Entre las opciones filosóficas de aquellos años estaba también el marxismo, pero en la versión institucionalizada, soviética, que por su dogmatismo y cerrazón se alzaba como un muro insalvable en la búsqueda del pensamiento crítico, antimetafísico, al que Alejandro aspiraba. La perspectiva de un marxismo abierto, vivo, entroncado con el originario de Marx, y ajeno a los textos y manuales dominantes, era en los años cincuentas algo extraño y lejano todavía en nuestros medios.

En verdad, en esa década, la filosofía para Rossi era una página en blanco que estaba por escribir. Sin embargo, ya se afirmaba en él el espíritu inquieto, crítico y antiespeculativo que habría de inspirar y orientar su búsqueda hacia un tipo de filosofar que no encontraba en la enseñanza de sus maestros, aunque tuvieran la talla, el prestigio y la grandeza de un José Gaos.

Semejante filosofía crítica y antimetafísica creyó encontrarla fuera de nuestros medios, ya que de ellos estaba por completo ausente la filosofía analítica. De acuerdo con la geografía filosófica de Ferrater Mora, constituía uno de los continentes en que se dividía el universo filosófico de la época. Rossi lo atisbó desde América Latina, donde prácticamente era desconocido, y decidió encaminarse —beca en mano— a la meca de esa filosofía. Y es justamente en ella, o sea, en Oxford, donde airea su pensamiento con las ideas de Wittgenstein, Russel y Strawson y se forjan las líneas maestras de los trabajos de la década de los sesentas que se recogen en su libro *Lenguaje y significación*. En ellos se conjugan el rigor, la precisión y la claridad en los argumentos y demostraciones con el puritanismo ideológico característico de esta filosofía. No me toca a mí entrar ahora —otros lo harán seguramente en este coloquio— en las reflexiones de Rossi en torno al lenguaje, teoría de las descripciones y nombres propios, que —como sabemos— han sido altamente apreciadas por los que comparten y dominan esta aséptica problemática filosófica. Pero lo que sí me

interesa subrayar es que la preocupación teórica que inspira esta obra suya —una de las pioneras en la producción y recepción de la filosofía analítica en América Latina—, así como el estilo filosófico correspondiente a ella, no llenan todo el quehacer intelectual, y sobre todo el posterior, de Alejandro Rossi.

Me refiero, naturalmente, al que en la década de los setentas tiene como frutos los textos apretados, y frescos a la vez, que se reúnen en el *Manual del distraído*. O, en los años ochentas, sus cuentos y narraciones: *Los sueños de Occam*, *El cielo de Sotelo* y *La fábula de las regiones*. Ciertamente, se podría pensar que, si bien el autor es el mismo, se trata de dos mundos distintos: los de la filosofía y la literatura. Pero, ¿hasta qué punto distintos? Tal vez habría que matizar o relativizar esa distinción; con todo, es innegable que uno es el Rossi riguroso, claro, preciso, serio y aséptico —como buen filósofo analítico— y otro el malicioso, irónico, festivo, lúdico, provocador e imaginativo. Pero ¿se puede ser filósofo cargando con estos calificativos? ¿O acaso con ellos Rossi se ha despedido de la filosofía? Abordemos esta cuestión que no tiene nada de ociosa con la vista puesta, sobre todo, en su *Manual del distraído*.

Señalemos, en primer lugar, que en todo el periodo posterior a su obra explícitamente filosófica, que cubre las dos últimas décadas, no faltan textos movidos por un interés abiertamente filosófico, como por ejemplo en el *Manual del distraído*: “Una imagen de José Gaos”, “El optimismo”, “Enseñar”, “Con Leibniz”. A los que hay que agregar el de 1984: “Lenguaje y filosofía en Ortega”. Sólo desde la filosofía se pueden escribir semejantes textos. Pero no sólo se trata de esto: del filósofo que se mueve en su campo propio, que es el predilecto de los filósofos profesionales, sino del filósofo que sin dejar de ser tal se mueve en un campo que se antoja extraño, en cuanto que lo que se despliega, sobre todo, en él no es tanto el rigor, la sistematicidad o la precisión expositiva como la belleza de la expresión, la paradoja o el vuelo imaginativo. Este campo impropio es el de la literatura. Filosofía y literatura se funden en él, como se funden en el *Manual del distraído*, justamente

porque en sus textos literarios, en los que se trazan situaciones banales y se narran historias efímeras, no exentas de dramatismo y grandeza, se hace carne una filosofía que otros, no muchos —Lukács, Kosik, Lefebvre, Agnes Heller—, han cultivado con arados propiamente filosóficos. Rossi cultiva este campo con el arado verbal que le permite descubrir esa capa de la “sensibilidad mínima” que escapa a los análisis rigurosos, sistemáticos que se autodenominan verdaderamente filosóficos.

Y sólo los que se dejan abrumar y se regodean con los grandes temas mayores de la filosofía podrían excluir de su recinto solemne los temas mínimos, triviales o efímeros del *Manual del distraído*. Ciertamente, no se pueden poner puertas al campo de la filosofía, pues —como dice Rossi— “la filosofía es una disciplina desenfrenada, quiero decir, que carece de límites claros”. Y porque carece de esos límites, Rossi incorpora al tratamiento filosófico su visión del hombre a través de la lente de lo mínimo, lo efímero y lo trivial. Pero, al reflexionar sobre estos objetos, el filósofo de ayer —el del lenguaje— necesita crear el lenguaje apropiado: el que se nos muestra en toda su grandeza literaria en el *Manual del distraído*. Ya no estamos, por supuesto, en el campo que roturaba el filósofo en los años sesentas, y no sólo porque ahora Rossi admite que no tiene “límites claros” sino también porque, con la mirada puesta en el mundo en que vive, piensa que para hacer filosofía hay que partir de la no filosofía, de “cierta experiencia histórica e intelectual nuestra”. Y él mismo da estos ejemplos de ella: “La situación política de Hispanoamérica [...] la violencia que ha arrastrado el continente en los últimos años [...] nuestros enredos ideológicos [...] y el problema de los derechos humanos”. Y a los nostálgicos empeñados en cultivar la filosofía como un jardín propio, cerrado, les vendría bien tener presente que —como dice Rossi— “a la buena filosofía se llega siempre desde problemas *no* filosóficos”.

Rossi no abandona, pues, toda filosofía, sino aquella que limita y estrecha su campo temático y hace del rigor didáctico, la rígida secuencia y el tedio constante, virtudes teóricas supremas. Pero

ese abandono exige un modo distinto de hacer filosofía, tomando en cuenta no sólo que su campo no tiene límites claros, sino también que su destinatario no puede ser limitado y exclusivo. Y esto es lo que encontramos en acto, o en estado práctico, en un libro como el *Manual del distraído*, en el que la literatura resume filosofía, y en el que la filosofía se expresa en el lenguaje apropiado; es decir, literario, no ordinario, sino creado.

Y lo que hallamos en estado práctico, literario, en ese libro, es lo que explícitamente se proclama en algunos textos de él, especialmente en “Una imagen de José Gaos”, así como en otro posterior, sobre Ortega y Gasset, al que ya me he referido. En ellos se esclarece teórica, filosóficamente, el estilo que gusta a Rossi como modo de producir, enseñar y recibir la filosofía.

Intentemos fijar sus coordenadas en contraste con las del estilo filosófico dominante. Rossi reconoce que “a partir del siglo XIX la mayoría de los filósofos son profesores”, pero frente a esta mayoría cita los casos de filósofos — Spinoza, Hobbes, Benedetto Croce, Sartre y Wittgenstein — que hicieron filosofía al margen de la cátedra o de la universidad. A esta corta lista podríamos agregar los nombres de Feuerbach, Marx o Gramsci. Pero Rossi no sólo dice lo anterior, sino que aplicando a sí mismo su estilete irónico y provocador, agrega: “No quiero engañar a nadie diciendo que soy un filósofo. Es una profesión que ignoro, respeto y no ejerzo”.

Pero no se trata sólo de la reducción del quehacer filosófico a una “profesión”, sino del modo como esta reducción obliga, en el caso paradigmático que Rossi observa, a ejercerla. No obstante las virtudes que le reconoce y que, en modo alguno le regatea, Rossi ve ese paradigma en el “trabajo filosófico” de José Gaos. Y ¿en qué consiste este trabajo? Consiste, a juicio suyo, en la “sacralización del texto”, en el “comentario literal” como ideal y en la resistencia, por tanto, a su interpretación y valoración. Podríamos decir que, en definitiva, lo que Rossi está advirtiendo en Gaos es su olvido de la dimensión pragmática del texto, de su capacidad o potencialidad para entrar en una diversidad de re-

laciones en diferentes situaciones y con distintos destinatarios. O, como precisa Rossi: “Un texto cualquiera admite infinitas lecturas que dependen de épocas, preferencias, convenciones o supersticiones”. Y aunque Gaos ponga el texto en relación con intereses históricos, culturales, antropológicos e incluso personales (recuérdese la concepción gaosiana de la filosofía como “confesión personal”), el texto se levanta como un monumento cerrado, inmóvil o inmutable, o —empleando la bella expresión de Rossi— como una “ruina intelectual” o “resto de una ciudad muerta” que sólo toca al filósofo privilegiado contemplar o sacralizar.

Rossi rechaza el “trabajo filosófico” que tiene como coordenadas: la sacralización del texto, el comentario literal, el rigor didáctico, la reflexión cerrada sobre sí misma (o sea, incomunicada con lo que está fuera de ella: la ciencia, pero también la política), la ampulosidad y la obsesión por las grandes verdades. Y, en contraste con ellas, Rossi muestra su gusto por la concisión, la crítica y la ironía, y su atracción por los temas mínimos, triviales, excluidos de los sistemas que sólo tienen ojos para los grandes temas, exclusivos, a su vez, de la filosofía. Pero, “la gloria de la filosofía —dice Rossi— es, precisamente, que no tiene tema, que se entromete en todo”, incluso —podría agregar— en los entresijos de la vida cotidiana.

Se comprende por todo esto que Rossi apele a recursos como la concisión, la paradoja, la crítica y la ironía, que contrastan con el rigor, la precisión, la sistematicidad y la monotonía de los grandes sistemas y que muestre cálidamente su afinidad por ese profesor apócrifo de Antonio Machado que fue Juan de Mairena. En él encuentra, sobre todo, la virtud filosófica que Sócrates cultivó en los albores de la filosofía; que fue ignorada por los filósofos serios, rigurosos y sistemáticos de la modernidad, y que, en nuestra época, han olvidado los profesionales de la filosofía. Se trata, por supuesto, de la ironía. Y el valor filosófico de esta virtud es propio de la práctica del profesor apócrifo de Machado, tal como la describe Rossi: “Enseñar virtudes mostrando defectos;

los callejones sin salida de sus reflexiones, las continuas incertidumbres, sus limitaciones, sus ignorancias, las dudas, los dilemas insuperables”.

Al mostrarnos su afinidad con Juan de Mairena, Rossi nos está mostrando el estilo filosófico que cultiva y aprecia. Con base en ella, podemos aquilatar qué dosis de ironía hay en esta afirmación suya antes citada: “No quiero engañar a nadie diciendo que soy un filósofo”.

Y, ciertamente, Rossi no engaña a nadie, puesto que está muy claro para nosotros a qué tipo de filósofo se refiere.